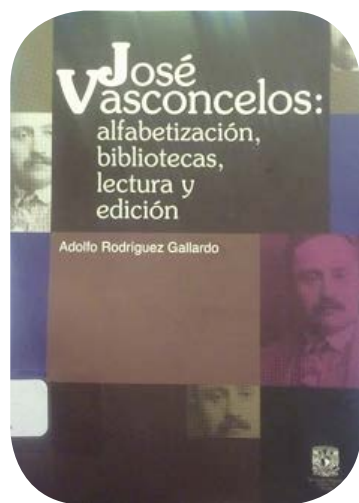


JOSÉ VASCONCELOS: ALFABETIZACIÓN, BIBLIOTECAS, LECTURA Y EDICIÓN. DE ADOLFO RODRÍGUEZ GALLARDO

Dra. Lara Campos Pérez*



La historia de la cultura escrita, cuyos principales promotores fueron investigadores de la escuela francesa de los Annales del final del siglo pasado, también ha experimentado en México, a lo largo de la última década, un desarrollo considerable. Algo que puede apreciarse, por ejemplo, a través de las obras monográficas y

de los trabajos colectivos publicados en los últimos años, centrados en temas como el estudio de las empresas editoriales, de la circulación de ideas a través de materiales impresos o de los hábitos y públicos lectores en el país. El libro del Dr. Rodríguez Gallardo podría insertarse dentro de esta corriente, en la medida en que se ocupa de varios de estos aspectos en el inicio de los años 20 en México; y lo hace a través del estudio de la actividad desempeñada por una figura tan controvertida como fundamental dentro de la política y de la cultura mexicana de la primera mitad del siglo XX: el Licenciado José Vasconcelos.

En su libro, de carácter descriptivo más que analítico, Rodríguez Gallardo va dando a conocer –a través, sobre todo, de informes de la SEP y de textos escritos por el propio Vasconcelos– las principales aportaciones que éste realizó durante los casi

cuatro años que estuvo al frente de la Secretaría de Educación Pública, en los cuatro rubros que se anuncian en el título de esta obra. Pero antes de entrar en ello, dedica el primer capítulo a presentar un bosquejo de las ideas de este intelectual en relación a la lectura y a las bibliotecas, unas ideas que podemos conocer fundamentalmente a través de los libros de memorias que Vasconcelos escribió a lo largo de la década de los años 30.

De esta forma, nos enteramos de que, entre sus primeros recuerdos relacionados con los libros, figuran las lecturas en voz alta de historia mexicana realizadas por su madre tanto para él como para sus hermanas, así como la lectura, realizada ya por él mismo, del libro *Un hombre honrado* de José Rosas. Mientras que en lo relativo a las bibliotecas, las que al parecer marcaron de una manera determinante su infancia –y que en su edad adulta siguieron siendo un referente– fueron las que conoció en Estados Unidos, durante los años en los que, junto a su familia, vivió en la frontera, en Piedras Negras, Coahuila. La biblioteca pública de Eagle Pass, que contaba con servicio de préstamo a domicilio, le permitió tener acceso a un amplio volumen de libros que superaban con mucho el modesto acervo familiar; pero, sobre todo, le permitió conocer los clásicos de la literatura y del pensamiento, que tanto habrían de influir en sus proyectos políticos posteriores.

A partir de estos primeros acercamientos con la cultura escrita –como recordaría años más tarde el propio Vasconcelos– la lectura se convirtió para él en una gran pasión que “[I]e poseía con avidez”

y que desde fecha temprana le permitió tener una clara conciencia de que tanto los libros como las bibliotecas estaban llamados a desempeñar un papel de primer orden en el desarrollo de México. Tras esta exposición sucinta del pensamiento de Vasconcelos, Rodríguez Gallardo pasa a describir la forma en la que éste intentó materializar sus ideas los años en los que estuvo al frente de la recién creada Secretaría de Educación.

Aunque el grueso de esta parte del libro se centra en los proyectos relativos a la creación y mejoramiento de bibliotecas –probablemente debido a la percepción que el propio Vasconcelos tenía de estos espacios, como la extensión natural de la escuela, como verdaderas universidades libres y eficaces–, se incluyen datos interesantes en relación a los programas de alfabetización y a los proyectos de edición que impulsó.

Respecto a lo primero, Vasconcelos convocó a toda la ciudadanía, tanto hombres como mujeres, para que se unieran a él en la cruzada contra el analfabetismo, en un frente común que debía ser tan fuerte como el de los ejércitos durante las guerras, pues –como advertía en la Circular número 1 de la SEP publicada en 1920– “la campaña que nos proponemos emprender es más importante que muchas guerras; por lo mismo esperamos que nuestros compatriotas sabrán responder al llamado urgente del país”. La necesidad de extender entre la población el conocimiento de las habilidades lecto-escritoras se convirtió para Vasconcelos –como lo había sido dos décadas antes para su predecesor en esta materia, Justo Sierra–, en un acto patriótico, para el que no se debían escatimar recursos económicos ni humanos.

A partir del llamado realizado en la mencionada Circular número 1, durante los siguientes cuatro años, según los datos de Shvadsky recogidos por Rodríguez Gallardo, poco más de 5,500 profesores –organizados en tres grupos: maestros honorarios en general, maestros honorarios estudiantes y ejército infantil– se inscribieron para participar en este proyecto, en el que se calcula que se logró alfabetizar a aproximadamente 38,000 personas. Una cifra que, para Rodríguez Gallardo, no es excesivamente alta y que no explicaría el reconocimiento que tanto para sus contemporáneos como para las generaciones posteriores tuvo esta iniciativa; un reconocimiento que, en su opinión, estuvo más vinculado a las

campañas mediáticas y a la propaganda política, que a los resultados reales logrados.

En relación a las publicaciones, las aportaciones de Vasconcelos en este rubro se centraron en dos aspectos. Por una parte, en la creación de una serie de semanarios y revistas mensuales de distribución nacional, en los que, además de dar a conocer los avances de los distintos proyectos de la Secretaría, se ofrecía a los maestros asesorías pedagógicas y materiales para su desempeño profesiones; de entre ellas, probablemente la más destacada fue *El libro y el pueblo*. Por otra parte, en la edición en rústica de los clásicos de la literatura y el pensamiento, que, dada su popularidad y el color de su encuadernación, acabaron siendo conocidos como “los verdes de Vasconcelos”.

Como advierte Rodríguez Gallardo, la publicación de estos clásicos ocasionó cierta controversia, pues si para Vasconcelos, libros como la *Ilíada* y la *Odisea* constituían lecturas edificantes que debían servir para moldear el alma del niño y brindarle valores éticos y morales que lo convertirían en un mejor ciudadano de la República, para algunos de los opositores a este programa editorial era cuestionable la pertinencia de este tipo de obras, porque, como se preguntaba el diputado Espinosa “¿Qué tienen que ver los clásicos con nuestro ambiente cultural? Es un manjar que el pueblo no puede digerir, que no puede servirle para nada”. La experiencia de Miguel Ángel Espino, bibliotecario de la Biblioteca Pública de Tizapán parecía corroborar esta percepción, cuando afirmaba que “el caudal de literatura no se mueve (...)”.

Tengo seguro que nuestros libros de Kant nunca llegarán a los visitantes. Y es que necesitamos una literatura ligera, gradual, más comprensible para ellos”. Sin embargo, estas ediciones populares de los clásicos fueron las que más se distribuyeron en las bibliotecas de todo el país y las que llegaron hasta los rincones más remotos.

Finalmente, respecto a las bibliotecas, que constituyeron probablemente para Vasconcelos la piedra angular sobre la que se debía apoyar el proyecto educativo, Rodríguez Gallardo ofrece información pormenorizada de diversos aspectos como la organización administrativa sobre la que se sustentaba su creación y mejoramiento, la formación del personal que debía trabajar en ellas o los distintos tipos que debía haber en función de

la población a la que debían atender (escolares, populares, especializadas, etc.). Pero además de esta clasificación, Vasconcelos estableció siete niveles o grados de bibliotecas, de acuerdo al número de volúmenes que debía albergar cada uno de ellas. Dentro de estos niveles, el más básico correspondía al de las bibliotecas ambulantes, que eran las que acompañaban las misiones pedagógicas y que incluían un número aproximado de 12 libros, mientras que el más sofisticado, que estaría representado por la Biblioteca Nacional, debía ser reflejo de todo el conocimiento resguardado dentro de las fronteras del país. Rodríguez Gallardo incluye el listado sugerido para cada uno de los seis primeros niveles y, al revisarlo, es interesante observar algunas curiosidades, como, por ejemplo, la inclusión, en las bibliotecas del tercer nivel –que debían contar un mínimo de 50 ejemplares– de obras como el Ariel del uruguayo José Enrique Rodó o Misericordia del español Benito Pérez Galdós, mientras que solo hasta el cuarto nivel –bibliotecas de 100 volúmenes– aparecen enlistados ciertos autores destacados de la literatura mexicana, como Sor Juana Inés de la Cruz, Ignacio Ramírez o Ignacio M Altamirano. Este extenso capítulo –con el que finaliza el libro– concluye con datos relativos tanto a la creación de bibliotecas a lo largo y ancho del país, como al abastecimiento de libros que se hizo a las mismas a lo largo de los tres años y medio de la gestión de Vasconcelos al frente de la SEP, todo ello ilustrado con numerosas tablas y cuadros.

Aunque el libro del Dr. Rodríguez Gallardo ofrece información significativa en relación a las actividades desarrolladas por Vasconcelos para el fomento de la cultura escrita en el país en el inicio de los años 20, este trabajo adolece de un mínimo de referencias históricas que permitirían al lector comprender mejor las razones de las propuestas lanzadas por este intelectual y político, así como el origen de sus quejas. Asimismo, probablemente habría enriquecido la obra un análisis más detallado de los datos que presenta, pues si bien la exposición que muestra de ellos es por demás clara, en ocasiones se echa en falta una valoración de los mismos, así como un cotejo de estos con otras fuentes de información distintas a las emanadas de la propia Secretaría de Educación y de las personas que trabajaron en ella. Sin embargo, no por ello la obra de Rodríguez Gallardo deja de resultar útil para comprender la labor que en materia de difusión de la cultura escrita llevó a

cabo José Vasconcelos.

*Docente ENBA, lara.campos@sep.gob.mx